

SALMAN RUSHDIE EN CHILE*

Óscar Hahn

Óscar Hahn se refiere en estas páginas a la accidentada visita del escritor Salman Rushdie a Chile en 1995 y al memorable coloquio que tuvo lugar en el Centro de Estudios Públicos. Si se lo mira retrospectivamente, advierte el poeta chileno, lo más impactante de ese encuentro fueron sin embargo las observaciones que hizo Rushdie sobre la guerra santa contra Occidente, que en ese entonces se estaba incubando en movimientos políticos del mundo islámico que pretendían imponer su dogmatismo bajo el disfraz de la religión. Por cierto, ninguno de los presentes en esa pequeña sala del Centro de Estudios Públicos pudo siquiera vislumbrar el alcance que tendrían esas palabras pro-

ÓSCAR HAHN. Poeta y ensayista chileno. Profesor de Literatura Hispanoamericana en la Universidad de Iowa. Es miembro correspondiente de la Academia Chilena de la Lengua y autor de los poemarios *Arte de Morir* (1977), *Mal de Amor* (1981), *Flor de Enamorados* (1987), *Versos Robados* (1995), *Apariciones Profanas* (2002), *Obras Selectas* (2003), *Sin Cuenta Poemas* (2005), *Obra Poética* (2006) y *En un Abrir y Cerrar de Ojos* (2006). En el campo de la crítica es autor de los libros *El Cuento Fantástico Hispanoamericano en el Siglo XIX* (1978), *Texto Sobre Texto* (1984), *Vicente Huidobro o el Atentado Celeste* (1998), y de numerosos artículos recopilados en *Magias de la Escritura* (2001).

* Tanto el coloquio en el Centro de Estudios Públicos el 18 de noviembre de 1995, al que se hace referencia en este artículo, como la entrevista que le hicieron Arturo Fontaine y David Gallagher a Salman Rushdie el día anterior (17 de noviembre de 1995) fueron traducidos al castellano y publicados en *Estudios Públicos* N° 62 (otoño 1996) bajo los títulos, respectivamente, de “Encuentro con Salman Rushdie” y “Salman Rushdie: ‘Me Interesa Hacer Cuadros Religiosos para Personas sin Dios’”. Ambos textos se encuentran disponibles en www.cepchile.cl. (N. del E.)

Estudios Públicos, 108 (primavera 2007).

nunciadas en la remota ciudad de Santiago y que terminaron siendo proféticas para el futuro de la humanidad. Un año después, la facción musulmana de los talibanes estableció en Afganistán, en nombre de la religión islámica, un régimen de terror, opresión e intolerancia. Seis años después, terroristas de Al Qaeda secuestraron aviones de pasajeros y los estrellaron contra las Torres Gemelas de Nueva York.

El policía vestido de civil: terno azul marino con chaleco, camisa blanca y corbata roja, me detiene con un gesto y me pide que le muestre el carnet de identidad. Saca una lista y comprueba que mi nombre aparece en ella. Lleva anteojos oscuros, como de aviador. “Voy a tener que revisarlo”, me dice, arreglándose los puños de la camisa. Me palpa la ropa para ver si escondo alguna arma. “Muy bien. Puede pasar.” Él mismo aparta la barrera que han puesto para evitar que transeúntes o vehículos no autorizados puedan ingresar en esa calle. Mientras camino hacia el lugar donde me han citado, observo que en los techos de varias casas hay más policías, con walkie-talkies y rifles con miras telescópicas.

Llego a la puerta donde está el número que busco. Aparece otro policía y vuelve a identificarme y a revisarme. Me dice que puedo entrar. Hay un antejardín bastante extenso y al fondo una mansión de cemento, antigua. Subo por una escalera y llego a un recinto del segundo piso que comunica con una pequeña sala de conferencias. Ya están ahí algunos periodistas y gente del ambiente cultural chileno. Alguien que mira por la ventana dice que unos tipos sospechosos están descargando unas cajas. Una mujer se acerca y manifiesta que todo esto la pone muy nerviosa. “¿Han pensado que podrían haber escondido una bomba adentro de esas cajas?”, pregunta asustada.

Vuelvo a la sala a buscar asiento. Después de una larga espera y de varios “parece que aquí no va a pasar nada”, hay movimientos que indican lo contrario. Las cabezas de los que están sentados se vuelven hacia la puerta. Los que están de pie, conversando, se apresuran a regresar a sus asientos. El hombre que acaba de aparecer en la puerta es un condenado a muerte. “En el nombre de Dios Todopoderoso, deseo informar a los valientes musulmanes del mundo que el autor del libro titulado *Los Versos Satánicos*, compilado, impreso y publicado en oposición al Islam, al Profeta y al Corán, ha sido sentenciado a muerte”. Salman Rushdie avanza flanqueado por dos personas. Los policías se quedan en el umbral, vigilantes. La gente lo recibe con aplausos. Cuando pasa junto a mí y se aleja, lo veo por detrás.

Fuerte y musculoso de la cintura para arriba; gordo y blando de la cintura para abajo.

“Hago un llamado a todos los devotos musulmanes a ejecutarlo con prontitud, donde quiera que lo encuentren, para que nadie se atreva a insultar nunca más al Islam.” Es el decreto o *fatwa* del Ayatola Khomeini, que seis años antes, en febrero de 1989, difundió Radio Teherán. La mañana siguiente otro clérigo ofrecería una recompensa de dos millones y medio de dólares para los iraníes que llevaran a cabo la sentencia. Días después, el Ayatola Khomeini, en persona, se dirige a la nación por Radio Teherán. Dice que Dios ha querido que el libro blasfemo *Los Versos Satánicos* sea publicado ahora, para que el mundo de engaños, arrogancia y barbarie que es Occidente muestre su verdadera cara frente al Islam. Afirma que Salman Rushdie es un agente de la corrupción en la tierra, que le ha declarado la guerra a Alá y que ha abandonado su fe para pasarse al bando de los enemigos del Islam. Por todos estos cargos, que conllevan la pena de muerte, lo considera un *mahdur ad-damm*, es decir, “aquel cuya sangre no está limpia”.

Salman Rushdie debía pronunciar en Santiago el discurso de clausura del Quinto Salón del Libro Iberoamericano, al cual asistirían alrededor de 400 editores de todo el mundo. Hablaría justamente sobre el tema por el cual estaba amenazado de muerte: el problema de la censura y la libertad de expresión. La Feria Internacional se aprestaba a cerrar de una manera inmejorable. Salman Rushdie llegó al aeropuerto de Santiago el 16 de noviembre de 1995. Según testimonio del escritor Carlos Franz, el autor de *Los Versos Satánicos* bajó la escalinata del avión, y antes de que el comité de recepción se le pudiera acercar, aparecieron varios furgones de Carabineros. Rápidamente desembarcaron miembros de las fuerzas especiales, armados con metralletas, y lo introdujeron en un helicóptero. Mientras esto ocurría, un doble de Salman Rushdie entraba en el auto blindado que se había dispuesto para protegerlo de un ataque terrorista. El vehículo salió velozmente del aeropuerto, flanqueado por ululantes motocicletas. El escritor fue trasladado a una casa de seguridad, en la que estuvo incomunicado largas horas. Su presentación en la Feria del Libro había sido cancelada bruscamente por orden del Ministerio del Interior. Aseguraron que tenían información de que en Santiago se podía producir un atentado contra el autor de *Los Versos Satánicos*.

Salman Rushdie se instala al centro de la mesa. Lleva un traje gris verdoso y una polera negra, sin cuello. A través de sus gafas redondas mira al público con esos ojos de párpados caídos y cejas triangulares que hemos visto en numerosas fotografías y que le dan una apariencia algo mefistoféli-

ca. “Es el demonio mismo”, había declarado uno de sus enemigos. A su derecha se sienta el escritor Arturo Fontaine, director del Centro de Estudios Públicos, quien le da la bienvenida; a su izquierda, David Gallagher, colaborador de *El Mercurio* de Santiago y del *Times* de Londres. Gallagher inicia una serie de preguntas sobre la vida y obra del escritor. Yo tomo notas en una libreta y aguardo impaciente el instante en que se entre en el tema de la condena de *Los Versos Satánicos*. El título de la novela alude a una antigua y polémica tradición según la cual ciertos versos que se agregaron al Corán fueron excluidos después, porque habrían sido inspirados por Satanás. Escuchar los argumentos y descargos, de los propios labios de Salman Rushdie, es una oportunidad única. Finalmente llega el esperado momento.

Rushdie se defiende postulando que las ideas religiosas no difieren de otros sistemas de pensamiento y que deben ceñirse a normas semejantes. “Todo discurso, religioso o no, es susceptible de ser criticado”*, dice. El problema medular del libro *Los Versos Satánicos* es que implica un debate sobre la naturaleza de las historias y de los textos sagrados. Las personas que piensan que son indiscutibles, sin duda se van a sentir agraviadas si alguien se atreve a cuestionarlas o a modificarlas. “Mi propósito no ha sido insultar a nadie, sino tomarme la libertad que cualquier novelista se tomaría con las historias que elige narrar, sean inventadas por él o sacadas de una tradición no canónica”, sostiene con firmeza. Y agrega con un tono entre irónico y malhumorado: “Yo no hubiera ocupado 550 páginas y cinco años de mi vida para insultar a alguien. Podría haberlo hecho en mucho menos tiempo”.

“A mí me interesa mucho el fenómeno de la revelación —continúa—, pero como no tengo una religión oficial, mi visión es distinta a la de los creyentes. Creo que tengo un buen ejemplo para ustedes... La historia sagrada cuenta que Mahoma estaba en la cumbre de una montaña y que vio al arcángel Gabriel en el horizonte, inmenso como el cielo. Fue entonces cuando el arcángel le reveló el Corán. Pues bien, si yo hubiera estado presente en ese lugar, no habría visto al arcángel, pero reconozco que el Profeta dice la verdad cuando afirma que lo vio. Para mí ésta es una contradicción entre dos visiones y plantea una paradoja que merece ser investigada. Hay que entender que mi método de investigación es la novela y que mis instrumentos son el narrador y los personajes. Muchas veces me pregunté si estas historias se podrían contar sólo en lenguaje sagrado o si también era válido el lenguaje profano, y llegué a la conclusión de que incluso se podían

* He resumido y traducido al castellano las palabras de Rushdie.

contar en lenguaje blasfemo, y que toda novela era irreverente por naturaleza”. Bebe un sorbo de agua y añade: “Miren, en el fondo lo que hay aquí es una disputa por el lenguaje: una contienda acerca de quién tiene el poder sobre la narración de estas historias”.

Retrospectivamente, lo más impactante fue una observación suya que terminó siendo profética. Dijo que en el mundo islámico estaban apareciendo movimientos políticos como el fundamentalismo, que se ocultaban bajo el disfraz de la religión, pero cuyo verdadero objetivo era llegar a tener un control total del Estado, para imponer su dogmatismo y declararle la guerra santa a Occidente. Nada de eso había ocurrido todavía, sin embargo un año después su temor se vio confirmado por los hechos. La facción de musulmanes llamados talibanes se tomó Kabul, la capital de Afganistán, y estableció un régimen de inusitado terror, opresión e intolerancia, en nombre de la religión islámica. Y el 11 de septiembre de 2001 terroristas de Al Qaeda secuestraron aviones de pasajeros y los estrellaron contra las Torres Gemelas de Nueva York. Varios años antes Salman Rushdie había dado la voz de alarma en un remoto lugar llamado Santiago de Chile. Pero ninguno de los presentes en esa pequeña sala del Centro de Estudios Públicos pudo ni siquiera vislumbrar el alcance que tendrían sus palabras para el futuro de la humanidad. □